



Beatriz Vitar *Cuerpos bajo vigilancia: las mujeres en las misiones jesuíticas del Chaco*. Editorial SB, 2022, 475 páginas.

Agustina Yael Arbinzetti Córdoba

Instituto de Estudios Socio-Históricos. Facultad de Ciencias Humanas- UNLPam

Instituto de Historia Antigua, Medieval y Moderna. Facultad de Filosofía y Letras-Universidad de Buenos Aires.

El presente libro es el resultado de una extensa trayectoria en investigación sobre las actividades misionales de los jesuitas en la región chaqueña. La autora cuenta en su haber con un gran número de publicaciones y años dedicados al estudio de las prácticas evangelizadoras jesuíticas. Su reciente trabajo, *Cuerpos bajo vigilancia*, constituye una novedad en tanto es la primera obra dedicada al estudio de mujeres nativas y el rol que desempeñaron en las reducciones.

En el prólogo e introducción se nos plantean las preguntas que atraviesan los diferentes capítulos de la obra y que vuelven como eco susurrante a medida que la lectura avanza: ¿Qué tan posible es reconstruir el mundo femenino a través de los documentos jesuíticos? ¿Es factible recuperar las voces de las mujeres chaqueñas en los relatos sesgados de quienes venían a colonizarlas/adoctrinarlas?. La autora nos deja en claro las dificultades latentes acerca de esta tarea. La utilización de fuentes jesuíticas puede resultar problemática. No solo es necesario recordar que son relatos realizados por el hombre blanco, sino también tener presente las posibles modificaciones o pérdidas al usar traducciones, el grado de conocimiento de la lengua nativa de los misioneros, la fiabilidad de los intérpretes y el uso del genérico masculino. Todos son obstáculos para recuperar la historia de las mujeres.

Esta obra realiza un recorrido por los estudios previos sobre misiones jesuíticas, género, pueblos chaqueños y rescata principalmente los aportes realizados en las últimas décadas. Tanto en la introducción como a lo largo del libro, Vitar retoma y dialoga con diferentes autores como Dora Barrancos (2004; 2010), Silvia Hirsch (2008) en lo referido publicaciones de género en Argentina; en lo relativo a pueblos originarios recupera trabajos de autores como Carlos Paz (2011; 2016; 2017) y Carina Lucaioli (2011; 2017). Asimismo, destaca producciones vinculadas a otras misiones como es el caso de Guillermo Wilde (2009; 2016; 2018) con las reducciones guaraníes y Mercedes Avellaneda (2018) y Lía Quarleri (2018 y 2019), investigadoras que abordan el caso de las mujeres guaraníes.

La autora desarrolla los conceptos y prejuicios con los que llegaban a América los colonizadores, discurso del cual no se encontraban exentos los religiosos. En el imaginario europeo occidental la mujer era concebida como un ser inferior, ejemplificado a través de la flaqueza de Eva como responsable del pecado original. Desde la patrística hasta la Modernidad los grandes teólogos afirman que todas las mujeres son herederas de esta debilidad primigenia y por lo tanto el mundo femenino fácilmente puede vincularse con el demonio. En América, estas representaciones rápidamente fueron utilizadas para describir a los nativos y de esta forma, quedaron ubicados en una situación de inferioridad. En cuanto a las mujeres de los pueblos originarios, la autora plantea que al ser indígena y pertenecer al sexo femenino tuvieron que lidiar con una doble condición de inferioridad.

Las ancianas resultan en la obra un personaje importante para entender las lógicas de resistencia a las misiones. Vitar afirma que estas mujeres constituyeron para los jesuitas un

enemigo, un obstáculo con el cual no esperaban encontrarse. Eran personas de gran influencia dentro de las poblaciones nativas y resistentes a los intentos de adoctrinamiento. El proyecto jesuítico de colocar a las mujeres bajo los estándares de virtud, castidad, encierro y estabilidad, colisionó contra las defensoras de las tradiciones ancestrales.

Asimismo el cuerpo, entendido como producción cultural, es el faro sobre el cual la autora nos posiciona para iluminar las prácticas de disciplinamiento femenino. El cuerpo es memoria, es botín de guerra, es el objeto a civilizar y dominar, es resistencia, es control y poder. El segundo capítulo deja en claro que parte del proyecto jesuita es la modificación de los cuerpos, especialmente el de la mujer.

La erradicación de la barbarie y la superstición se daría, por un lado, eliminando costumbres como los tatuajes ceremoniales y, por otro, mediante la instauración del pudor y la castidad a partir de cubrir los cuerpos y de establecer la no movilidad de la población femenina. Las mujeres, en el ideal europeo, pertenecían al hogar y no a prácticas como la recolección y caza. La implantación de diferentes hábitos de labor fue una de las herramientas para el “confinamiento” de las mujeres, destinadas a trabajos “aceptables”, como lo era el textil.

La autora repasa una serie de costumbres relacionadas al uso del cuerpo en los diferentes pueblos chaqueños. Dentro de las prácticas rituales, resulta interesante resaltar los cantos en los ritos fúnebres, donde las ancianas tenían un rol preponderante como guardianas de la memoria colectiva. Los cánticos entonados junto con baile con rústicos instrumentos son relatados negativamente en los documentos misionales; se recurre a la animalización de las voces y bailes, recurso utilizado para deshumanizar a estas mujeres y sus prácticas. Este tipo de calificaciones desfavorables y que tienden a la bestialización sobre todo las ancianas se repite en los diferentes ejemplos que recupera Vitar.

Dentro de los estereotipos presentes en el imaginario europeo de la mujer salvaje americana, es común encontrar en las crónicas a la figura femenina como un ser que desbordaba sexualidad, idea que se mantuvo incluso tras la expulsión de los jesuitas. El control del cuerpo femenino fue central para el disciplinamiento de la sexualidad de los pueblos originarios. El culto mariano fue parte de las estrategias de reglamentación del cuerpo y sexualidad. Las virtudes de la Virgen María fueron un estandarte de evangelización frente a la tentación de la carne. Esto debe ser entendido en un contexto donde la mujer, por todas las debilidades que acarrea por naturaleza, es blanco predilecto del demonio y vehículo para incitar al pecado. Asimismo, Vitar hace referencia a los estudios que analizan la botánica americana como escenario erotizante construido por satanás.

En muchas crónicas los misioneros relatan las maravillas logradas por la evangelización, a grado tal que sus indios habían incorporado los hábitos ideales en cuanto al pudor, recato y sexualidad. Esto debe entenderse dentro de la lógica de los jesuitas, según la cual los escritos eran pensados para la circulación y propaganda positiva de las actividades de la Compañía. En las cartas que no son para la difusión de todos, se encuentran las verdaderas dificultades. Vitar presenta el aborto y el infanticidio como grandes problemáticas debido a lo fuertemente arraigadas que estaban estas prácticas en las comunidades chaqueñas. Las explicaciones que se presentan son varias, la poligamia, el miedo al rechazo de las mujeres al estar embarazadas, las dificultades de una vida nómada, y quizá la idea más controversial que vincula el aborto como medida de resistencia a la dominación y evangelización. Cabe destacar que las ancianas son nuevamente una figura a la cual controlar y culpabilizar ya que participan en estas prácticas.

Otra de las cuestiones a tener en cuenta son las estructuras jerárquicas de poder de las sociedades chaqueñas. ¿Cuánto de real hay en la interpretación que los misioneros pudieron realizar sobre cómo funcionan las instituciones políticas nativas? La autora reconstruye diversos ámbitos de poder y cuál era el rol de las mujeres en ellos. Nuevamente las ancianas son presentadas en estos relatos como enemigas acérrimas de los religiosos. Estas “decréptas viejas” constituyeron un referente social difícil de remover ya que ocupaban funciones sociales vinculadas a la vida, muerte, medicina y guerra y competían con las prácticas jesuíticas. En el discurso de los ignacianos se las cataloga de brujas debido a su conocimiento, tal como se sucedía con las hechiceras europeas cuyas prácticas habían sido demonizadas por los teólogos modernos. Asimismo, se intentó invisibilizar su importancia,

evitando registrarlas con nombre y refiriéndose a ellas como esposas, madres, hijas, siempre en relación a un hombre.

En conclusión, esta obra resulta una puerta inicial al estudio de las mujeres en las sociedades chaqueñas colonizadas. Como tal, nos presenta un abanico de posibilidades para futuros estudios en la temática. Asimismo retoma y dialoga con diversos enfoques disciplinares como la etnohistoria, etnografía, antropología y estudios decoloniales. Por otro lado, las fuentes jesuíticas presentan tanto ventajas como inconvenientes. Nos permiten analizar los conceptos y estereotipos que los misioneros intentan imponer, pero a la vez nos resultan conflictivas en tanto omiten nombres y silencian voces a la vez que exacerbaban ciertos relatos promisionales. A pesar de esto, la autora logra reconstruir importantes aspectos de la resistencia de estos personajes femeninos en las misiones chaqueñas.